





OSCURAS LUCES
DE SEPTIEMBRE



Javier Samper Madrigal

OSCURAS LUCES
DE SEPTIEMBRE



Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Samper Madrigal

ISBN: 978-84-17362-78-2

ISBN digital: 978-84-17362-79-9

Depósito legal: M-16859-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Blue,
por acompañarme en cada letra.*



Nota aclaratoria

Todos los hechos relatados en esta novela, así como los nombres, apellidos y propios personajes representados en la misma, forman parte de la más pura ficción. A pesar de que sí aparecen algunos entornos reales de la ciudad, la ambientación también ha sido distorsionada en algunos casos para favorecer el desarrollo de los acontecimientos de la historia.



ÍNDICE

CAPÍTULO I Aromas a albahaca y sones de batalla	13
CAPÍTULO II Metales de fiesta bañados de rojo.....	25
CAPÍTULO III Escalones que cambian rumbos.....	35
CAPÍTULO IV Vestigios a través de una mirilla.....	51
CAPÍTULO V Venenos y deudas pendientes.....	59
CAPÍTULO VI Olor a refrito y pólvora.....	63
CAPÍTULO VII Santuarios nocturnos y tragos de ron	77
CAPÍTULO VIII Contrabandos y sevillanas	85
CAPÍTULO IX Miedos, mascaradas y desenmascarados	95
CAPÍTULO X Tormentas que arrecian.....	107
CAPÍTULO XI El suave tacto de la seda.....	111
CAPÍTULO XII Elemental, mi querido Loren	121
CAPÍTULO XIII Fuera de juego involuntario.....	135
CAPÍTULO XIV Pastas de vino y cortinas de caña.....	145
CAPÍTULO XV Odio, venganza y aire entrecortado.....	153
CAPÍTULO XVI Huida a la luz de las velas.....	157
CAPÍTULO XVII Noche de cristales rotos.....	165
CAPÍTULO XVIII Cera caliente, humedad de metal	175
CAPÍTULO XIX En las entrañas de la ciudad.....	185
CAPÍTULO XX Caza y captura.....	195
CAPÍTULO XXI Día cuatro que fuera	205
GLOSARIO DE PERSONAJES (Por orden de aparición)....	209
De comparsas y actos festeros	213



CAPÍTULO I

Aromas a albahaca y sones de batalla

5 de septiembre, 15:30 h

Ese olor a alhábega no engañaba a nadie. Ni tampoco el ajeteo. Ni siquiera el trote de los niños por las tribunas de madera. Quizá sí los problemas con el paso a nivel de la vía del tren, eso seguía igual; pero algo había cambiado en el ambiente, era la primera semana de septiembre, y la ciudad lo sabía...

Nadie dudaba a estas alturas de que lo que estaba a punto de comenzar en pocos minutos abría la puerta a los días grandes, a la celebración de las fiestas populares. Aquellas en que se rememoraban las fieras batallas por los territorios de la península, aquellas que tanta historia militar, religiosa e histórica traían consigo, porque si hubieran preguntado bien dónde se podían ver aquellas contiendas de antaño, aquellas disputas entre partidarios del bando moro y del bando cristiano, para nada hubieran remitido al Castillo de la Atalaya, sino que alguien habría dicho: «Esperad, esperad unos minutos y veréis la trifulca que van a generar aquellas señoras de la esquina cuando el aprovechado de turno llegue a última hora y les quite el primer sitio para ver salir a la banda de música. Y con razón».

Para una persona poco entendida en la materia como era Darío Prado, ver aquel espectáculo le originaba una sana curiosidad.

Por recomendación, se había plantado en «territorio comanche», en el centro neurálgico de la Fiesta aquella tarde; razón por la que pretendía no perderse ningún detalle de los acontecimientos, ni aquella jornada ni en las sucesivas.

Celebraba el hecho de que hoy no tuviera que trabajar. Se compadecía de aquellos colegas de profesión a los que sí les había tocado y que revoloteaban por la zona como *cowboys* compactando una maloliente y peluda manada de búfalos, salvando las distancias, claro. Los demás efectivos de la policía local de la ciudad de Villena le miraban como diciendo: «Cabrón, de la que te estás librando». Otros compañeros no ocultaban su desconcierto ante el hecho de que durante aquellos días en los que disfrutaba de un merecido permiso no hubiera huido de allí. Algunos, en su lugar, ya se habrían marchado a algún hotel en Tenerife, por ejemplo, que en la primera semana de septiembre ya estarían mucho más baratos. Pues no; aquel cinco de septiembre, el oficial de la policía local de Villena Darío Prado se había propuesto empaparse del folklore de aquel lugar para ver si se confirmaban todas las bonanzas que sobre aquellos días le habían dicho.

Llevaba nueve meses en aquel destino y, desde el primer día sin excepción, los habitantes de Villena no habían hecho otra cosa que hablarle de sus fiestas populares y, claro, a la fuerza ahorcan; así que ahí estaba, dispuesto y preparado en la calle Nueva, rama de albahaca en mano, con todos los sentidos preparados para vivir aquel momento con toda su intensidad. El olor de aquella planta adquirida mediante hurto piadoso del alféizar de una ventana otorgaba frescura al ambiente.

Alrededor de él, la gente se agolpaba en torno a lo que, a su parecer, le recordaba a la parrilla de una carrera de fórmula uno. Solo que los coches en este caso eran instrumentos musicales, aunque el efecto era muy parecido. Los músicos ultimaban su vestuario suspirando lastimeramente, mirando al cielo para que aquella nube amenazante les permitiera, al menos, acabar su parte de aquella magnífica obra de arquitectura teatral que era la Entrada de Moros

y Cristianos. Algunos limpiaban sus gafas pretendiendo eliminar con ellas las primeras gotas que ya precipitaban deseosas de unirse de la fiesta. Las sucesivas, que caerían de inmediato si algo no lo remediaba, ya no serían tan bienvenidas. Otros, organizaban sus partituras. Las más curiosas peinaban sus cabellos al amparo del reflejo de sus móviles chinos de importación. Reían, canturreaban. Todo el mundo parecía ya de fiesta sin haber comenzado todavía. Es de suponer que a ello contribuiría en algo que el complemento por excelencia de aquellos días fuera la garrafa de limón granizado mezclado con alguna bebida espirituosa que numerosas personas portaban colgada al cuello como si fuera una extremidad más. Aunque tampoco se sorprendía nadie por ello, no era de extrañar. La fiesta ya había empezado la noche anterior. Por eso, las gafas de sol a las cuatro menos diez de la tarde afloraban cuales setas bajo mantos de abedules. Poco importaban aquellas nubes. Los líquidos se compartían por doquier entre amistades, ajenos a cualquier norma higiénica sugerida. Fraternidad ante todo.

El público que allí se congregaba, volcado e involucrado, desprendía adrenalina por cada uno de los poros de su piel. Más de uno intercalaba adrenalina y ron, a partes iguales. Poco desmadre, eso sí. Mucho control y pura emoción. El respeto que proferían al acto era máximo. Desde los más ancianos del lugar, alguno de los cuales contaba con el privilegio de vivirlo desde la propia puerta de su casa, hasta los más pequeños, quienes, a modo de tradición familiar, se aproximaban junto a sus padres como hordas de soldados a la batalla. De momento, muchos todavía vestidos «de calle»; ya habría tiempo a lo largo de la tarde o al día siguiente de vestirse como tocaba. Vestirse, que no disfrazarse, y que nadie dijera lo contrario.

A Darío Prado le resultaban curiosos los puestos de venta ambulante. Se preguntaba si estarían todos bien registrados aquel año y andarían con su licencia autorizada al amparo de la legalidad. Deformación profesional. De todos modos, aquella no era su guerra aquella tarde y se limitó a contemplarlos como una parte más

del paisaje. Aunque lo que más curiosidad le suscitaba de aquellos tenderos ambulantes no era su falta o tenencia de la autorización pertinente aquellos días; admiraba enormemente la capacidad que tenían para encontrar el adorno facial, capilar o manual que se pondría de moda a lo largo de las siguientes cinco jornadas. Definitivamente, las Fiestas no eran fiestas sin aquellos puestos de pipas rozando la ranciedad, apetecibles porciones de coco y globos de variopintos personajes. Nada de que las fiestas comenzaban con aquel desfile de la Banda Municipal, ¡qué va! ¡Qué poco sabía la gente! La fiesta ya había empezado antes, y no hablamos de la costumbrista cena de la noche anterior, el pistoletazo de salida ya lo sentías cuando mirabas al cielo y uno de aquellos globos de helio surcaba el cielo cual dron teniendo el privilegio de ver el espectáculo desde las alturas como poca gente, sugiriendo aquello de «hasta el infinito y más allá». Ahí ya habían comenzado las fiestas. «¡Pasadme el cubalitra, por favor!».

Aquel maremágnum de gente era como una gran familia, supongo que es lo lógico en ciudades con alma de pueblo. A algunos les valía que hubiese sido nombrada ciudad en 1525 por orden de Carlos V, la gente se vanagloriaba de ello. Otros, sin embargo, adoraban que tuviese alma de pueblo y que sus gentes tuvieran un gran arraigo por sus tradiciones, enorgulleciéndose de igual modo. Ambas opciones eran igual de válidas. Suponían diferentes tipos de sentimiento. Villena era muy querida por los villenenses, o villenenses, según preguntes. Y por la gente foránea que había acabado por quedarse al amparo de aquellas tierras.

Darío Prado no tenía muy claro si su futuro se encontraba en el arranque del valle, a los pies de la Sierra de la Villa, pero a lo que sí estaba muy dispuesto era, al menos, a darle una oportunidad mientras tuviera que estar ahí. Venía rebotado de un anterior proyecto de vida a orillas del Turia, en la ciudad de Valencia, así que esta nueva ciudad le suponía una cura, un punto de inflexión, la frescura de un nuevo comienzo y quién sabe si un nuevo y duradero hogar.

Absorto en sus pensamientos, distraído entre unas atractivas muchachas con carmín rojo Valentino en los labios y un niño que peleaba por escaparse de la férrea mano de su madre, despertó de un sobresalto merced a un par de golpes de tambor que anunciaban lo inminente. Por cierto, que pensó que muy bien que hacía la pobre mujer, para fastidio del chaval, de agarrar la mano de su hijo con fuerza de prensa hidráulica; ya que, entre tanta gente, a saber dónde aparecería el retoño pasados veinte segundos. Probablemente, aquel niño fuera una de las pocas personas en aquel lugar que no pretendía sumarse a la emergente apoteosis instrumental. En aquellos momentos, el chaval andaba algo más interesado en aliviar el pequeño azote en sus partes traseras que sus, hasta ese momento, pacientes padres le habían propinado ante su insistencia.

El ambiente ascendía en efervescente calidez y algarabía. Darío charlaba junto a uno de sus compañeros. Desde su posición, algo alejada debido a la poca necesidad de enfrentarse a nadie, tenía, en cambio, una mejor perspectiva de la parte delantera de la comitiva. No sintió la necesidad de pegarse a la banda de música. Meterse en el meollo le parecía una innecesaria muestra de autoflagelación totalmente evitable.

Una vez que la policía consiguió dispersar a los que todavía no habían decidido dónde ubicarse y estaban siendo increpados por los que llevaban largo rato allí de paciente espera, quedaron en el centro de la calle la plana mayor del Ayuntamiento de la ciudad junto a las regidoras mayor e infantil, como cargos representativos de la fiesta en general, acompañadas de algunos delegados de comparsas y otras personas que Darío no supo reconocer pero que, gentilmente, una amable señora de unos sesenta años ataviada con una camisa y una falda en tonalidades grisáceas, que contrastaba enormemente con el colorido de la multitud, no tardó en decirle, sin que él lo preguntara, que eran algunos de los presidentes de las comparsas. Darío, haciéndose el interesante, aprovechó la ocasión y satisfizo alguna de las dudas que tenía pendientes con aquel acto. Pensó que le vendría bien para su «diario de campo».

A las cuatro y un minuto de la tarde en el reloj de Darío, cuatro en punto de la tarde para el resto en general; y que a nadie se le ocurriera decir lo contrario, o eso dijo la mujer, se produjo el estallido esperado. El inesperado se habría producido ya minutos antes lejos de allí. Aunque eso, el oficial de policía todavía no lo sabía.

La Banda Municipal con el abanderado al frente hizo sonar los primeros acordes de «La entrada», el pasodoble compuesto por Quintín Esquembre, compositor nacido en la ciudad, y que daba lugar desde 1922 al arranque y comienzo de las fiestas de Moros y Cristianos.

A partir de ahí, todo fue emoción y algazara. Darío, al no llevar aquel instante metido en la sangre, observaba atónito cómo algunas de las mujeres del lugar comenzaban a soltar lágrimas desconsoladas solo por encontrarse en aquel lugar y a aquella precisa hora. Le parecía algo incluso cómico, aunque se obligó a mantener la compostura y la sobriedad facial por respeto al resto de ciudadanos.

Esforzándose al máximo, sintiéndose protagonista en el lugar, la joven banda de música se esmeraba en crear aquella atmósfera tan acogedora y que tan bien era recibida por sus paisanos. La gente comenzó un contoneo casi mágico, acompasado. Algunos tarareaban. Otros se aventuraban a canturrear la letra del pasodoble, unos con más fortuna que otros. Daba igual, la música llevaba a todo el público en volandas. Nadie se preocupaba de mirar a los otros o valorar lo que hacía cada uno. Salvo Darío, lógicamente.

Era inminente el hecho de que el desfile estaba a punto de comenzar. Minutos antes de aquel espectáculo que había dejado de ser improvisado hacía ya algunos años, la calle ofrecía toda la gama posible de colores y matices variopintos en las vestimentas de aquellos que iban a participar aquella tarde del espectáculo. Principalmente se encontraban allí los del bando moro, pero ya asomaba alguno con algún arma poco morisca. Desde el principio, Darío fue ya consciente de la mezcolanza de opciones. Raro era que las parejas que divisaba a su alrededor compartieran una vestimenta

similar. Allí estaban todos mezclados. Supuso que la elección de una comparsa u otra sería más bien cuestión de tradiciones familiares, y que las noches de verbenas y la vida en sí habían favorecido el mestizaje familiar festero.

Ciento tres segundos. Ese fue el tiempo que Darío tuvo ante sí a la banda de música. Llegado ese momento, como si de un ejército se tratara, pisaron firme la tierra con el pie derecho y un atronador rugido salido de las fervientes gargantas que allí lo presenciaban despidió entre vítores y aplausos a aquellas primeras figuras encaminándose a lo largo de la calle Nueva, en búsqueda de la emoción particular de cada cual, del sentir villenero y del gusto musical de cada uno de aquellos y aquellas valientes que un día decidieron coger su primera partitura y ahora disfrutaban de aquel «homenaje» tan merecido y que contribuía al comienzo de los días más esperados de aquel lugar. Días en los que todo pretendería ser alegría y consentido cansancio acumulado. Y cuyo desarrollo provocaba que incluso se perdiera la noción del paso del tiempo. Durante aquellos días, nadie sabía si era miércoles, viernes o domingo. Allí las gentes hablaban de si se encontraban, por ejemplo, a día seis, siete o nueve.

Aunque, lamentablemente, aquel año sí estaría marcado de una manera más triste en el sentir del pueblo. Las Fiestas, escaparate de la diversión y la ilusión de la mayoría de los ciudadanos, no podían, sin embargo, evitar que la vida siguiera su curso.

A aquellas horas, fuera del meollo central de la fiesta, la gente seguía su vida ajena a si el desfile había comenzado o no. Así, no muy lejos de la calle Corredera, por donde ya marchaban orgullosas las regidoras de fiestas de aquel año, se acababa de producir un hecho oscuro y angustioso.

En una calle perpendicular al desfile, algo más al noreste de la ciudad, la música parecía no llegar hasta aquel lugar. Los edificios ofrecían un magnífico parapeto para las melódicas creaciones musicales que ya se entonaban. A pesar de ello, nadie podía negar que nos encontráramos en los días grandes porque dichas calles

estaban tan engalanadas como cualquiera otra y los locales festeros afloraban como primulas en el campo. Y la calle Elda no era una excepción. No en vano, unos años atrás, se había llevado el premio al mejor engalanamiento de calles.

Pues allí mismo, en el número veintiuno de aquella calle Elda, en el cuarto piso de un bloque de ladrillo cara vista sin ascensor pero de escalón ligero, discutían airadamente dos personas. Al menos, eso fue lo poco que acertaron a decir los vecinos del piso colindante ante las primeras preguntas de los agentes, previas a las primeras indagaciones oficiales. Discusiones de pareja, pensaron algunos de ellos.

Al parecer, y a tenor de la gravedad de la voz, uno de ellos era un hombre; y la otra persona, una mujer. Cuadraba perfectamente. En aquel piso reformado hacía un par de años, vivía un matrimonio mayor que se había mudado cuando sus dos hijos comenzaron sus respectivas nuevas andaduras de vida. Sin aparentes problemas económicos (es más, se les intuía solventes) ni matrimoniales entre ellos más allá de las típicas y puntuales rencillas, vivían como un matrimonio cualquiera bien avenido con los vecinos y respetado en la comunidad. Y, de hecho, así hubiera seguido siendo.

*

Cerca de las cuatro de la tarde, Ricardo Leal, jubilado por decreto y agricultor por gusto, preparaba a dicha hora su comienzo del desfile ataviado con su delantal de cuero cubriendo su colorido traje recién sacado de la tintorería (después de todo un año allí guardado para desesperación de la dueña del establecimiento), brillante, suave y resplandeciente de moro viejo. Repasando si llevaba todos los implementos en sus manos, peinando la pluma del gorro y contando sus minutos para salir bajo su pasodoble del ciento cincuenta aniversario. Después de un largo año, había estado esperando con entusiasmo que llegara aquel día. Todos los sinsabores del año habían pasado a un segundo plano. Junto a sus compañeros,

trataba de recordar la posición correspondiente de cada uno en la fila y en el bloque. Pasaría algún tiempo todavía hasta conocerse si ignoraba, o no, lo que le estaba sucediendo en aquellos precisos instantes a su mujer, de nombre Concepción. De momento, disfrutaba entre risas de un desbravado cubalibre cerca de la avenida de Aspe junto a los demás.

*

En aquel cuarto piso de la calle Elda, Concepción Galán se afanaba en su hogar por planchar las prendas de que se componía el traje de andaluza que iba a ponerse minutos después. Hacía un buen rato que su marido se había marchado en busca de sus compañeros de fila y, desde ese momento, se había dedicado a ultimar los detalles de su vestimenta. Con mucho esmero, le encantaba componer todo el traje estirándolo con cuidado sobre la cama para cerciorarse de que no le faltaba nada y que todo estaba en orden. Odiaba las arrugas en la ropa. En una habitación cercana, se escuchaban de fondo los comentarios de los presentadores del canal comarcal de televisión que en cuestión de minutos daría paso a la retransmisión del primero de los desfiles. Enfrascada en sus asuntos, abriendo y cerrando cajones, tuvo problemas para escuchar las primeras llamadas a la puerta. La insistencia sacó a la mujer de sus pensamientos y captó su atención. Concepción cesó la actividad y salió al pasillo quedándose por unos instantes de pie, sobrecogida y con las manos unidas bajo el pecho, mirando a la puerta desde el interior.

Una voz le reclamaba que abriera. El tono le era conocido, aunque indeseado en aquellos momentos. Y siempre. Un olor tenue a quemado la sacó de su estado percatándose de que la plancha seguía encendida. Corrió a la habitación y la desconectó, volviendo sigilosamente al pasillo quedando a escasos dos metros de la puerta. El interlocutor del otro lado insistía sin cesar en que le abriera, dejándole claro tanto que sabía que se encontraba en casa como que su marido se había marchado hacía un rato.

Concepción echó un vistazo por la mirilla y, al comprobar que su sospecha era acertada, se sobrecogió. Apoyó tanto la cabeza como las palmas de las manos sobre la puerta y cerró los ojos unos instantes. Alarmada ante el escándalo que comenzaba a hacer en el rellano, Concepción tomó aliento y le habló a través de la puerta. Abrió.

*

Tiempo tendría todavía Ricardo Leal de terminar su recorrido, tomar una última copa y regresar a casa para dejar los bártulos; encontrándose entonces allí, cerca de un par de horas más tarde, con una inesperada y grotesca escena.

Ante su presunto desconcierto y desconocimiento de lo sucedido, una primera llamada suya a la policía ponía en aviso, seguidamente, a todos los miembros del cuerpo, de servicio o no.

Horas antes, en aquel piso, por algún motivo todavía por discernir, Concepción y su desconocido acompañante parecieron discutir por un asunto aún por descubrir, entorpeciendo y frenando las rutinas de preparación del traje de contrabandista de la mujer.

Los vecinos acertarían a decir que el timbre de la puerta había sonado un par de veces en torno a las tres y media de la tarde. E incluso relataron a la policía que minutos después se oyeron unos golpes o puñetazos en la puerta, supuestamente debidos a que la mujer no quería abrir. De ahí en adelante comenzaron las altas voces, chillidos y algún que otro golpe en la pared. A partir de ahí, nada más se supo. Silencio.

*

Dentro de la casa el tono de la discusión fue ascendiendo a medida que la confrontación fue a mayores. Lo que empezó con tono distendido, aunque tenso, con las dos personas sentadas en sendos sillones de piel sintética color crema, derivó en amenazas y carreras por el pasillo de la vivienda hasta llegar a la habitación de invitados.

Una vez allí, y a tenor del resultado, las cosas no debieron marchar nada bien. El cuerpo de la mujer fue encontrado sin vida horas después, yaciendo en el suelo de una de las habitaciones de la casa con, entre otras particularidades, marcas de estrangulamiento en el cuello.

Probablemente, y horas después se sabría por el análisis forense, la mujer no hubo muerto de tal manera, tan solo se desmayó ante la presión de su asesino. Pero el hombre, no contento con la situación y con la terrible crudeza acrecentada por la ira de un todavía desconocido motivo, miró a su alrededor y decidió acabar con su vida de un modo mucho más encarnizado, bizarro y desagradable.

Minutos después, y con la frialdad propia de un asesino, salió de la habitación y se dirigió al principio del pasillo donde entró al baño, se limpió los restos de sangre y algún arañazo que en la pelea le había propinado ella y salió de la casa, desapareciendo sin dejar rastros aparentes o evidentes de su paso. Abrió la puerta y la cerró con cuidado. En ese preciso momento, mientras cogía su teléfono móvil para realizar alguna llamada, pudo apreciar que el reloj de su muñeca marcaba las cuatro en punto de la tarde. Curiosamente, a esa misma hora, la Banda Municipal de Villena echaba a andar ajena a todo.



CAPÍTULO II

Metales de fiesta bañados de rojo

Serían aproximadamente las siete menos diez de la tarde cuando el teléfono de Darío salió de su letargo. Le sorprendió en una céntrica heladería, haciendo una interminable cola para poder tomarse algo que le saciara el hambre que comenzaba a tener a aquellas vespertinas horas. De mala gana salió del establecimiento pues solo le quedaba una persona por delante, pero sabía que quien le estaba llamando no lo hacía para preguntarle tonterías, era su superior, y si lo buscaba, sería por algún asunto poco banal ya que él mismo le sugirió tomarse ese periodo de descanso aquella semana.

Escuchaba atentamente lo que le comentaban desde el otro lado del aparato. El alboroto del exterior no contribuía mucho al entendimiento, pero algo le estaba quedando claro, había habido un presunto asesinato y necesitaban que interrumpiera sus breves vacaciones para incorporarse al servicio aquella misma tarde, aunque fuera de manera circunstancial, ya que la mayoría de sus compañeros estaban situados a lo largo del desfile y no podían localizarlos en aquel momento. Su inspector necesitaba echar mano de él porque en la comisaría lo tenían por un policía muy válido. A priori, aquellos días tenían ya el cuadrante de turnos perfectamente organizado y por eso se aprobó que esta semana se pudiera prescindir de sus servicios pero, dadas las circunstancias, le reclamaban de nuevo en su puesto.

El ánimo de Darío iba decayendo por segundos. No le estaba convenciendo ni gustando nada lo que su inspector le comentaba y proponía. Antes del minuto dos de conversación, ya había sacado su pitillera metálica y se había encendido con mucha maestría uno de sus Lucky Strike. Sí, aquellos cigarros que hacía más de un año se había propuesto dejar pero que le seguían acompañando como su propia sombra. Desde la separación de su mujer, incluso le parecía que sus dedos habían ido deformándose y tomando un color más amarillento, al igual que el de sus dientes. Tenía muchas tareas pendientes.

La intermitencia de las bandas de música daba una tregua a veces en la dificultad de audición de la conversación. Al parecer, lo necesitaban inminentemente en el lugar del crimen mientras desde la propia comisaría buscarían con celeridad a un perito forense y derivarían el asunto a la guardia civil para que se personara cuanto antes a hacerse cargo de las labores de investigación y estudio de lo acontecido. Otro agente de policía ya se estaba acercando en un coche patrulla al lugar del siniestro. Esperaría a Darío en la fachada para comenzar los procedimientos pertinentes.

La calle de los hechos no distaba mucho de donde él se encontraba. Había ido siguiendo de vez en cuando el curso del desfile y el propio recorrido le había acercado sin saberlo al lugar del incidente. La heladería le pillaba a escasos trescientos metros de allí. Indagó acerca de la ruta más rápida para llegar mediante una de las aplicaciones de su teléfono móvil y en cuestión de cinco minutos hubo llegado a la vivienda.

Muy a disgusto del oficial de policía, una pequeña multitud de gente ya se había concentrado en la puerta del edificio. La noticia había corrido como la pólvora. Cuando llegó al portal, se había congregado allí una pequeña representación de prácticamente todas las comparsas festeras. Y, por supuesto, no faltaban a la cita las vecinas de medias negras y zapatillas de andar por casa que, a pesar de la voluntad de Darío, ya creían saber más del asunto que las propias fuerzas de seguridad de la ciudad. Las cábalas no tardaron

en surgir. Allí ya se podía escuchar de todo. Que si su marido bebía, que si la culpa fue de la herencia del abuelo, que si los árabes que regentaban una frutería en la esquina de abajo. Cada uno tenía su versión. Lo que sí parecía claro es que no habían sido ni extraterrestres ni ninjas. Ni Chuck Norris. Menos mal. Todas las personas allí presentes parecían saber los motivos y los hechos. Y lo único que parecía estar claro era que había un cuerpo de mujer en un piso de aquel edificio y que fue el propio marido el que había llamado a la policía. Poco más acerca de la autoría del crimen o del hecho en cuestión. Ni siquiera el propio marido estaba a salvo de la posible incriminación.

Darío debió apartar un poco a la gente que se agolpaba en la puerta de la calle. Como no estaban por la labor de facilitarle el paso, y al ir de paisano y no ser reconocido entre los vecinos como oficial de la local, tuvo que sacar su placa identificativa, ante lo cual ya nadie dudó y se apartaron sin poner reparos. Si hubieran ido en serio, pensó para sus adentros, habría tenido serios problemas con aquella gente para que le dejaran pasar, pues llevaban lanzas, espadas, ballestas, arcabuces e incluso alguna navaja. Aquello parecía un asalto a la torre del castillo. Darío supuso que algo así debió ser el asedio a la Torre del Homenaje del Castillo de la Atalaya cientos de años atrás. Recordó que en un par de días se realizaría la embajada allí mismo. Pensó que ya no le hacía falta ir a verla.

Su compañero llegó en esos momentos. Había tenido problemas para acceder a la zona. Tras aparcar de mala manera en una calle cercana, llegó a la carrera zigzagueando entre la gente. Darío le esperaba con la puerta de la calle entreabierta.

El trasiego dentro de aquel edificio tampoco era poca cosa, ni deseable. Darío miró hacia arriba desde el rellano inferior. Se alegró de no tener problemas de vértigo. El edificio era tan antiguo que no contaba con ascensor. Desde la cavidad central de la escalera se podía ver perfectamente la altura que le esperaba y las vueltas de escalones que tendría que realizar hasta alcanzar el cuarto piso, lugar donde todo había sucedido. Allá arriba, entre todas las cabezas

que Darío veía desde abajo, le pareció ver la de un hombre mayor que les hacía aspavientos con la mano desde la planta superior. El hombre reclamó la presencia de los policías en un evidente estado de alteración. «¡Es arriba, es arriba!», gritaban las vecinas de los pisos inferiores. Darío asintió con la cabeza y la bajó seguidamente. No le interesaba nada aquella gente entrometida. Se prometió no levantarla ya hasta dar con el marido de la mujer. Había muchas cosas que preguntarle y mucho asunto que tratar.

El revuelo en la calle iba creciendo así que, tras valorar la situación, decidieron que el otro oficial recién llegado se quedara unos minutos en la puerta de la calle para despejar la zona y desviar el interés de los curiosos. Como iba con la vestimenta reglamentaria no tendría problemas en poder dispersar a la gente. Por tanto, Darío se adelantaría unos minutos mientras su compañero limpiaba la zona.

A medida que comenzaba a subir los escalones, su cabeza comenzó a cavilar posibles preguntas que poder realizarle. Al llegar al primer rellano se percató de que mantenía todavía en la mano otro de sus cigarros. Lo apagó en el primer macetero que alcanzó a ver y comenzó el ascenso hasta el piso superior intentando fijarse en detalles, inexistentes por lo que parecía, que pudiera haber en la desgastada barandilla de la escalera o en las blancas paredes de gotelé que pedían a gritos una nueva mano de pintura.

Al llegar arriba, saludó poco efusivamente y sin dar la mano a aquel hombre que le esperaba en el rellano exterior de la vivienda. Le enseñó la placa y se identificó como el oficial Prado. De un plumazo, cerró la puerta tras de sí y se quitó de en medio a todos los vecinos cotillas quienes, frustrados y defraudados, se volatilizaron de la escalera hacia sus respectivas casas o hacia la calle para poder seguir versionando lo ocurrido.

La primera y principal misión que le había encomendado su superior, a instancias de su intendente jefe, era eliminar a curiosos, hecho ya conseguido, testificar que había un cadáver de una mujer en el suelo de aquel piso y mantener en una custodia encubierta al,

de momento, primer sospechoso del caso, el marido de la mujer, hasta que el teniente Recayo de la Guardia Civil llegara junto a los miembros de la policía judicial o científica que tuvieran que hacerse cargo del asunto.

Darío caminó junto a Ricardo Leal por el pequeño pasillo central de aquella vivienda con aromas a ambientador frutal. El piso presentaba una forma rectangular bastante definida que se extendía más de manera transversal que hacia el frente, y que contaba con un pasillo corto y central que daba acceso al resto de estancias de la casa. Con poca emoción y mucha sobriedad, el oficial acompañó a aquel hombre quien, entre sollozos, le dirigió hasta la primera habitación que había a mano derecha según entrabas a la casa. Allí, Ricardo se quedó en la puerta, cabizbajo y compungido, saliendo del estado de ansiedad a base de lágrimas y pañuelos impregnados en fluidos viscosos provenientes de su chata nariz.

Efectivamente, no había dudas para Darío en cuanto a que se había generado una disputa y a cómo se había producido, al menos, el fatídico «golpe de gracia». La habitación estaba revuelta y en el suelo yacía inerte el cuerpo de la mujer. La mueca facial del oficial dio buena muestra de lo atroz del asunto y de la manera tan cruel con que el asesino había decidido acabar con la vida de aquella mujer.

Concepción, años atrás, había pertenecido a la directiva de la comparsa a la que pertenecía, los contrabandistas, y por eso, y por su buen hacer como delegada de madrinas y otros menesteres, se le había concedido hacía unos cuantos años el premio al «Contrabandista del año». Dicho galardón, un busto de metal que representaba un rostro masculino ataviado con el típico sombrero contrabandista, lucía con orgullo en la repisa de una vitrina próxima a una de las ventanas de la habitación de invitados, lugar donde había ocurrido el suceso.

Lo que se encontró Darío fue duro de ver, aunque intuyó que para el marido habría sido muchísimo peor por la forma y por la persona. La mujer tenía el rostro ensangrentado y el cráneo abier-

to, del que seguía manando un hilo de sangre y, a su lado, el busto de metal bañado en rojo daba cuenta de que este había sido el contundente objeto que el asesino había utilizado para acabar con la vida de aquella mujer. El golpe de gracia. Sutileza nula. Darío se estremeció al pensarlo. Era de una crueldad inusitada.

A pesar de lo grotesco del asunto, su mente le jugó una mala pasada y realizó una, afortunadamente, imperceptible sonrisa sensiblemente irrespetuosa al ver cómo el tosco rostro del busto le miraba fríamente mientras la sangre de la mujer le había quedado pegada a su nariz, boca y frente, dando la desagradable sensación de que había dos muertos en aquella habitación en lugar de uno solo. Y, obviamente, en el segundo caso, una cabeza sin un cuerpo al que unirse. Se preguntó por unos instantes quién habría sido el modelo utilizado para realizar aquella figura. Supuso que no le hubiera gustado ver su cara implicada en aquella situación tan incómoda. Probablemente no se hubiera prestado como modelo si lo hubiese sabido. Darío no quiso acercarse más de lo necesario al cuerpo de la mujer. El marido le reafirmó que se trataba efectivamente de Concepción Galán, o Concha Galán, como él le dijo.

Al parecer, su marido se había encontrado el cuerpo hacía unos minutos. Poco tiempo después de acabar su desfile y despedirse de sus compañeros de fila había vuelto a su hogar para dejar sus complementos y ayudar a su mujer a colocarse la redcilla del pelo antes de salir a desfilarse ella también. Aquello parecía ser un ritual que solían repetir cada año el primer día de desfiles porque entre una comparsa y otra contaban con tiempo suficiente para ello. Así que, en cuanto entró en casa, supo que algo no marchaba bien.

Generalmente, durante aquella semana, en la televisión siempre estaba puesto el canal comarcal dando pistas de a qué altura se encontraba el desfile, lo que les permitía saber el tiempo del que disponían para tal o cual cosa. Y además, cómo no, porque les gustaba verlo y grabarlo con su todavía funcional aparato VHS y sus viejas cintas reutilizadas una y mil veces con el ir y venir de las últimas novelas de la parrilla televisiva. Al parecer, en aque-

lla ocasión la televisión no estaba encendida. Ricardo comenzó a buscarla en el sentido de las agujas del reloj, comenzando por el baño situado junto a la puerta, a la izquierda de la vivienda. Esto ocasionó, curiosamente, que fuera la última habitación que visitó en la que la encontró. Sin embargo, supo que algo no marchaba bien cuando apreció, ya desde el principio, un par de detalles que para mucha gente hubieran pasado desapercibidos pero no para el marido de Concepción Galán. Primero, que la puerta de la calle estaba cerrada sin echar la llave, con lo cual, la mujer estaba dentro forzosamente ya que nunca salía de casa sin cerrar adecuadamente y, la segunda y más perspicaz, que la tapa del váter estaba levantada y el rollo de papel higiénico estaba tirado en el suelo de manera poco cuidadosa. Por extraño que parezca, para Ricardo Leal era del todo inviable que aquello, con lo escrupulosa que era su mujer para estos detalles, lo hubiese hecho ella. Y los hechos lo refrendaron posteriormente. Tantos años de matrimonio certificaban el conocimiento de los patrones de conducta mutuos. Con nerviosismo creciente, el marido aceleró el ritmo y, llamando sin cesar a su mujer, la encontró finalmente tirada a los pies de la cama del cuarto de invitados con el edredón y la falda de contrabandista ligeramente caídos hacia su cintura, numerosas prendas de ropa esparcidas por el suelo, y el fatídico busto ligeramente inclinado chafando parte de su rostro.

Según le contó, la posición en la que Darío se la encontró no era la misma que la que tenía al entrar él. Tampoco el estado del cuarto del baño pues, según la versión de su marido, las toallas llenas de sangre que estaban esparcidas sobre el suelo las había tirado él al limpiarse después de tratar de auxiliarla. Al descubrirla, se arrodilló junto a ella y la abrazó y zarandeó suavemente entre gritos de espanto para ver si le contestaba. Aunque poco pudo hacer por revertir la situación. El oficial de policía, sin embargo, y de igual modo, quiso comprobar si la mujer tenía pulso. Colocó sus dedos sobre el cuello de Concepción y, posteriormente, acercó su mejilla a la nariz de la mujer para ver si apreciaba cualquier pequeño mo-

vimiento. Pero todo fue en balde. Aun sin ser la persona encargada de ello, cercioró a su marido de que había fallecido, volviendo este a recaer en su estado de amargura. Darío acompañó al salón comedor al desolado caballero. Su compañero, que había llegado a la vivienda hacía unos minutos, le ofreció un poco de agua que trajo desde la cocina. Allí aguardó con él poco más de veinte minutos realizándole algunas preguntas para ver si indagaba un poco más hasta que, pasado ese tiempo, la guardia civil se presentó en el lugar de los hechos.

El teniente Recayo era un hombre de aspecto muy serio y con tendencia a ganarse pocos amigos. La edad y las presiones le habían escurrido el cuerpo y casi el alma. Las incipientes canas, el bigotito curvilíneo y prudente y el traje verde invitaban a hablarle con respeto tanto a él como a su sombra. Presentaba radicalmente la imagen opuesta al policía Darío Prado, más abierto a nuevas tendencias tanto de ropa como de costumbres. Aunque también es cierto que uno estaba de servicio y el otro no.

Cómo no, esto fue lo primero que Recayo apreció al llegar. El teniente saludó al oficial de policía que acudió a abrir la puerta, pero hasta que Darío no se presentó y enseñó su placa no bajaron la guardia respecto a él. Al principio pensaron que era un miembro más de aquella familia. El teniente llegó al lugar junto a dos técnicos de la policía judicial y un perito forense para inspeccionar la casa. En los primeros se apreciaba un aire menos sombrío pero una mirada igual de firme que su superior, intuyéndose una gran capacidad analítica en ambos bajo sus curiosamente similares gafas de pasta negra y perilla cortada con el mismo patrón. Darío pensó que los de judicial y criminalística siempre habían sido unos tipos muy siniestros y peculiares. Sin venir a cuento, pensó en ellos como a los dos gemelos de *Alicia en el país de las maravillas* pero con cierto toque oscuro a lo gemelas de *El resplandor*. Los dos agentes no llegaron ni a presentarse. Pronto accedieron a la habitación de invitados acompañados por el otro policía local, que se quedó junto a ellos a partir de ese instante. El técnico forense comenzó

ipso facto a realizar las primeras tomas de muestras pertinentes. El perito, cuyo signo zodiacal sería un perro sabueso, ni se presentó; localizó en cuestión de segundos el cuerpo y se puso a valorar la situación entre bolsas de plástico y guantes de látex. Mientras, en la habitación contigua, el teniente y el oficial de policía se mantenían junto al dueño de la casa sentados en los sillones de piel sintética que el matrimonio tenía en el comedor.

A criterio del primero, se consideró útil que el policía se quedara allí con ellos. Al fin y al cabo, era el primero que había llegado y que había podido apreciar los primeros detalles. De igual modo, a sabiendas de que había estado un rato charlando con Ricardo Leal, consideraba interesante que se quedara para ver si la versión que le estaba dando al guardia civil concordaba perfectamente con la del policía.

Darío se dedicó meramente a escuchar con atención de nuevo la misma historia. El nerviosismo del hombre variaba ligeramente los momentos temporales de ciertos detalles. Aquello, sin embargo, no dejaba de ser, en cierto sentido, lógico a pesar de encontrarse en el propio salón de su casa, debido al alto nivel de estrés que suponía la situación en la que se había visto inmerso. Los policías certificaron la muerte, ¡una vez más! Parecía no ser suficiente verla ahí tirada con el cráneo medio chafado por un trozo de metal tallado para saber que la vida ya no contaba con ella.

Pasadas una hora y cinco minutos, los dos agentes duchos en criminalística volvieron con todas aquellas muestras que habían determinado tomar. La sesión se extiraría más allá de las once de la noche. Tomaron testimonio únicamente a su marido, aunque quedó claro que, en los días sucesivos, le requerirían de nuevo para desestimar o no del todo la hipótesis de su nula implicación en el caso. Esa noche, Ricardo no durmió en aquella casa. Realmente, ni aquella ni las posteriores en mucho tiempo. A lo largo de aquella extenuante estancia de testimonio de aquella tarde, sus dos hijos llegaron a aparecer por allí ya que también se les había avisado. Es de imaginar el cuadro que fue toda aquella jornada vespertina.

Cerca de la medianoche abandonaron todos aquel lugar. Tras el levantamiento del cadáver, el cuerpo de la víctima fue trasladado al depósito para posteriores y finales análisis. Darío Prado convino junto al teniente que al día siguiente se acercaría al cuartel para valorar todo lo acontecido y conocer su implicación en el caso a partir de aquel momento. Por un lado, se encontraba de vacaciones y podía perfectamente desvincularse del mismo una vez la guardia civil se había hecho cargo pero, por otro, por espíritu profesional y atención a su deber, no se sentía a gusto pensando de aquel modo, así que se ofreció para todo lo que fuera necesario. Fuese como fuese, aquel día ya había acabado para ellos. Lo que en un principio parecía un agradable día para el oficial Prado que iba a acabar con un par de copas con sus amigos del gimnasio en un ambientado local festero de moda, acabó con un par de llamadas telefónicas. Una a su hermana para contarle lo sucedido y la otra a una pizzería cercana para que un poco de comida insana le supiera el hueco en el estómago que le había producido vivir todo aquello. Eso sí, lo que no estaba dispuesto a perdonar era tomarse su chupito de tequila con sal y limón que acostumbraba a tomar cuando había tenido un día duro y necesitaba una digestión rápida y un sueño profundo.

Darío cerró los ojos y se imaginó que no era septiembre ni estaba en aquel lugar. Se imaginó en verano, en un bonito hotel de Altea y tomando una copa a medianoche. El problema es que miraba al lado en aquel sueño y seguía apareciendo inherentemente Estefanía, su anterior pareja. Así que brindó por el futuro con un nuevo chupito, se dejó caer, lanzó la corteza del limón rabiosamente por la ventana del salón de su austero piso de alquiler y, antes de quince minutos, la madrugada lo descubrió plácidamente durmiendo semidesnudo en el sofá de su casa con la única compañía de un gordo con bigote y gorro de cocinero anunciando en la televisión un fantástico y revolucionario pelador de verduras que prometía convertir tus cenas en una espléndida experiencia gastronómica visual y culinaria.